

El Almirante Mazarredo, ilustrado y afrancesado

(Admiral Mazarredo, a man from the Illustration and “afrancesado” (influenced by the French))

Dezcallar Mazarredo, Rafael

Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación. Valija Berlín.
Plaza de la Provincia, 1. 28071 Madrid

BIBLID [ISBN: 978-84-8419-179-7 (2009); 223-232]

El almirante Mazarredo fue uno de los marinos más ilustres de su época. Derrotó a Nelson en su intento de tomar Cádiz y negoció durante más de un año con Napoleón en París sobre las misiones de la flota franco-española. Fue destituido por Godoy, por lo que no participó en la batalla de Trafalgar. Aceptó ser Ministro de Marina en el gobierno de José Bonaparte. Murió en el exilio.

Palabras Clave: Almirante. Armada. Cádiz. Napoleón. José Bonaparte. Godoy. Afrancesado. Siglo XIX.

Mazarredo almirantea garaiko itsasgizon ospetsuenetako bat izan zen. Nelson garaitu zuen Cadiz hartzeko ahaleginean eta urtebete baino gehiago eman zuen Parisen Napoleonekin frankoespainiar ontzidiaren egitekoez negoziatzen. Godoyk kargugabetu zuen, eta horregatik ez zuen Trafalgarreko guduan parte hartu. Jose Bonaparteren gobernuan Itsas Armadako ministroa izatea onartu zuen. Erbestean hil zen.

Giltza-Hitzak: Almirantea. Itsas Armada. Cadiz. Napoleon. Jose Bonaparte. Godoy. Frantsestua. XIX. mendea.

L'amiral Mazarredo a été l'un des marins les plus illustres de son époque. Il vainquit Nelson lorsque celui-ci tenta de prendre Cadix et négocia durant plus d'une année avec Napoléon à Paris sur les missions de la flotte franco-espagnole. Il fut destitué par Godoy, par conséquent il ne participa pas à la bataille de Trafalgar. Il accepta la charge de Ministre de Marine au sein du gouvernement de José Bonaparte. Il mourut en exil.

Mots Clé : Amiral. Flotte. Cadix. Napoléon. José Bonaparte. Godoy. "Afrancesado". XIXème siècle.

En casa de mis padres había un retrato del almirante Mazarredo. Lo recuerdo desde que yo era muy pequeño, colgado en la sala de estar. Era una copia del retrato que le había pintado Goya, y que había sido robado en Madrid en 1936, poco después de comenzar la Guerra Civil, de casa de un tío mío. Al estallar la guerra, mi tío había tomado la precaución de sacar el cuadro del marco, y lo había escondido en el desván, precisamente para evitar un posible robo. Pero quienes se lo llevaron sabían lo que buscaban y donde se encontraba, y se fueron directamente al desván. Quien sabe donde estará ahora ese Goya. También desapareció un paquete de cartas de Nelson dirigidas a Mazarredo. Se salvó en cambio la mayor parte de su archivo.

En el retrato de Goya aparece el almirante sentado, medio de lado, con expresión seria, porque debía ser un hombre serio. Al fondo puede verse un barco de guerra de tres puentes. Quizá el San Hermenegildo o el Purísima Concepción, dos de los navíos en los que enarboló su insignia. No era desde luego el Santísima Trinidad, de cuatro puentes y más de cien cañones, el más grande de su época, construido en La Habana y buque insignia español en Trafalgar.

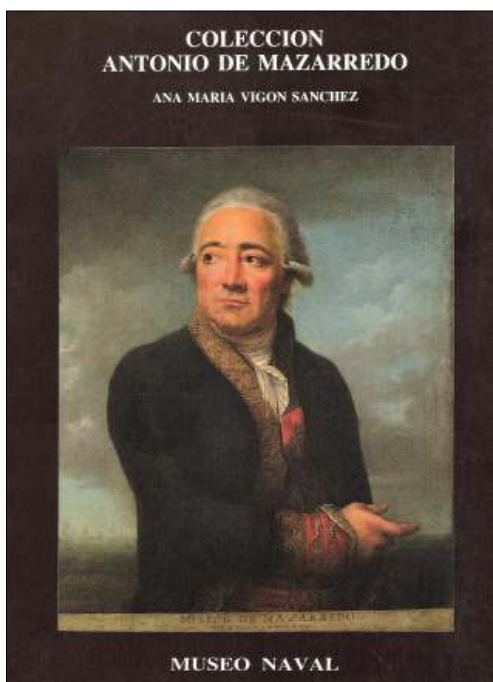
Quizá por haber visto desde pequeño su retrato en casa siempre me interesó su personalidad y su historia. Por ello agradezco especialmente el haber sido invitado a participar en este Seminario, con especialistas tan ilustres en este convulso periodo de la Historia de Francia, de España y de Europa.

Mazarredo vive en un momento de cambio entre dos épocas, entre dos mundos. Sus aciertos y sus equivocaciones deben medirse teniendo en cuenta la dimensión de las transformaciones a las que tuvo que enfrentarse. Mazarredo abordó ese período crítico de la Historia en el que le tocó vivir con la visión del mundo con la que había sido educado, que era la de un ilustrado del siglo XVIII. Su amor por el conocimiento, la organización y el trabajo bien hecho le hizo destacar desde el inicio de su carrera, que fue muy rápida. Ascendió a Capitán de Navío a los 30 años, en 1776 (es decir, el año de la independencia de EEUU), a Brigadier (equivalente al Contralmirante actual) a los 35, y fue Teniente General de la Armada durante 25 años. Hay que tener en cuenta además que la Armada española del siglo XVIII no era una Armada cualquiera, sino una fuerza que era capaz de defender un impero transatlántico como el español y de mantener una lucha constante contra su gran adversaria, la Armada británica, ya que su única otra posible rival, la Armada francesa, fue aliada de la española durante casi todo ese período.

Su rápido éxito profesional se explica por las diversas cualidades que reunía. En primer lugar era un hombre de mar, un gran marino, que fue Comandante de Escuadras en el Atlántico, en el Canal de la Mancha, y en el Mediterráneo. Fue también Capitán General de Cádiz y Jefe de la Escuadra del Mar Océano, que como ya se ha dicho era el cordón umbilical con el Imperio español en las Indias. Sin el control operativo de las comunicaciones en el Atlántico (mediante el sistema de convoyes, inventado por los españoles, y una Armada suficientemente fuerte para hacer frente a las amenazas exteriores) el Imperio español en América nunca podría haber durado más de tres siglos, a pesar de los incesan-

tes ataques y expediciones durante ese período de las flotas enemigas, inglesas, holandesas, francesas, y de otros países. Es verdad que esos ataques ocasionalmente consiguieron algún éxito, pero éstos fueron comparativamente escasos teniendo en cuenta la vastedad de las posesiones americanas de la corona española. Al final, España mantuvo su imperio intacto con la excepción de Jamaica, la isla de Trinidad, las pequeñas islas del Caribe, y las Guayanas.

De acuerdo con el espíritu de la época y con su propia inclinación personal, Mazarredo era también un científico. A él se debió la primera medición exacta del meridiano en España, casi al mismo tiempo que en Inglaterra, lo que supuso un gran avance para la navegación de la época. Participó en expediciones científicas a América, a Filipinas, y en el Mediterráneo, en un momento en el que España y la Armada española tenían una proyección global. Fundó el observatorio Astronómico de San Fernando en su actual emplazamiento, trasladándolo desde Cádiz, y fue el autor de numerosas publicaciones sobre astronomía y navegación.



Mazarredo fue además un gran organizador y reformador de la flota en sus múltiples aspectos de armamento, equipos y adiestramiento. Así lo demostró en sus intervenciones durante la expedición a Argel, en las disposiciones que tomó para preparar la defensa de Cádiz, y en sus múltiples misiones en el Atlántico y el Mediterráneo. Era un piloto excepcional, con una gran capacidad de maniobra de grandes flotas en situaciones difíciles. No se limitó a aplicar su genio de organizador a la flota, sino que abordó también la propia estructura de la Armada. Mazarredo fue el responsable de la elaboración de las Ordenanzas de la Real Armada de Carlos III, vigentes en la Marina española hasta muy avanzado el siglo XX.

El Rey le encargó también misiones diplomáticas, enviándole como plenipotenciario para negociar una paz con el Bey de Argel. Cumplió su misión con éxito, aunque hay que decir que en esa época los diplomáticos podían negociar con una flota de guerra –como la que él tenía fondeada frente al puerto de Argel– respaldando sus propuestas. Hoy no suelen poder darse ese lujo.

Muy en el espíritu de sus tiempos, el almirante Mazarredo fue un humanista y un filántropo, que introdujo en España los nuevos métodos para la enseñanza

a los sordomudos que había ideado en París el Abate Sicart. En una carta al Obispo de Cádiz, agradeciendo su donativo para los marinos distinguidos en la defensa de la ciudad y explicando los criterios que pensaba aplicar para distribuirlo, señala que

como la guerra entre cristianos no tiene por objeto el matar enemigos sino el vencerlos para llegar a la paz, será piedad combinada con el valor, no solo la acción fuerte que liberte de un estrecho al amigo y al compañero y conduzca a ambos al triunfo, sino igualmente la que excusa al enemigo una muerte no necesaria, y usa con él la preciosidad de ampararle de ella, ya vencido, o cuando está en la mano el de vencer; de modo que nunca tenga cabida la ferocidad, que curiosamente es efecto del desorden.

El desorden, en efecto, debía ser algo bastante incompatible con su temperamento.

La enorme competencia profesional del almirante Mazarredo fue reconocida desde el primer momento por sus contemporáneos, que le llamaban cariñosamente el Bilbaíno, o el Sabio Catalejo. Churruca, el héroe de Trafalgar, que sirvió a sus órdenes, escribió sobre él en una carta:

Todo el mundo le mira como un oráculo y que aún los más altos le rinden obediencia; de todo le hace digno su singular habilidad: si la España fuera capaz de dar buena acogida al mérito, ¿qué premio habría para ese hombre que fuera capaz de recompensarle?

Por su parte M. Léon Guerin en su “Historia Marítima de Francia” habla de él como “El hábil y bravo Mazarredo, uno de los marinos más consumados de Europa.” Una localidad costera de la Patagonia argentina –Mazarredo, 31 habitantes en el último censo- sigue llevando hoy su nombre.

En su carrera hay dos momentos culminantes: la defensa de Cádiz contra Nelson y las negociaciones con Napoleón Bonaparte, entonces Primer Cónsul, sobre las operaciones combinadas que debían realizar las flotas española y francesa.

A principios de 1797, a raíz del desastre del Cabo de San Vicente, Mazarredo fue nombrado Jefe de la Armada del Mar Océano y Capitán General de Cádiz. Sólo una catástrofe del calibre de la de San Vicente podía llevar a Godoy a aceptar su nombramiento, a pesar de su escasa simpatía hacia él. Al hacerlo reconocía al mismo tiempo sus méritos profesionales, que le obligaban a recurrir a él en una situación tan comprometida. El fracaso en San Vicente de Don Luis de Córdova y de su segundo, el Conde de Morales, había causado un efecto muy hondo. Sobre todo en Cádiz, la gran base de la flota de la Mar Océano, donde empezó a cantarse por las calles una coplilla en la que los gaditanos pedían

para alivio de nuestros males,
la cabeza de Morales!

Mazarredo se trasladó de inmediato a Cádiz, donde encontró la flota en muy mal estado. Se puso a trabajar y en muy poco tiempo consiguió colocarla en condiciones de resistir el asedio de la flota inglesa, que tras su victoria en San Vicente había puesto cerco a la ciudad.

El elemento clave de su estrategia de defensa fue el empleo de las lanchas cañoneras. Ante la superioridad de la flota inglesa tras las pérdidas sufridas en San Vicente, no convenía a los españoles sacar del puerto a los barcos principales de la flota –navíos y fragatas- para librar un combate abierto. Sin embargo tampoco podía dejarse operar libremente a la flota inglesa, que trataba de ahogar a la ciudad. La solución que encontró Mazarredo fue construir una flotilla de lanchas cañoneras. Se trataba de lanchas de navío o de fragata de unos 3 metros de eslora, con un casco fuerte de 3 TM y un mástil, que fueron armadas con un cañón grande, de 24 libras. Las lanchas no habían sido concebidas inicialmente para montar un cañón de ese calibre, por lo que eran de navegación difícil. Todavía más difícil era la labor de los artilleros, que tenían que dirigir bien el tiro en una embarcación tan frágil y en mar abierto. Mazarredo embarcó a artilleros del ejército de tierra –entre los que estuvo Luís Daoiz, el héroe del Dos de Mayo de 1808- para que pelearan codo con codo con sus compañeros de la Armada, lo cual le dio muy buen resultado. La única manera en que los cañones armados en la lancha podían apuntarse bien era si éstas se acercaban a muy corta distancia de la popa del buque de guerra enemigo para disparar desde allí, tratando de barrerlo de popa a proa. De esta manera optimizaban sus ventajas comparativas, la rapidez y la agilidad, y el hecho de ofrecer un blanco pequeño. Naturalmente, acercarse mucho a un navío o a una fragata inglesa en una embarcación minúscula, armada con un cañón tan grande, y cargada con la pólvora y la munición correspondientes –incluidos los medios necesarios para calentar obuses al rojo a fin de multiplicar su poder destructor-, constituía una maniobra sumamente arriesgada.

Mazarredo organizó 6 divisiones de 24 lanchas cada una, que entre el 3 y el 5 de julio de 1797 repelieron con éxito –junto con la artillería emplazada en los fuertes de Cádiz– los ataques lanzados por Nelson, que fueron precedidos de un fuerte bombardeo a la ciudad. La flota inglesa tuvo que retirarse a bastante distancia. De este asedio se guarda en el archivo del Almirante una importante correspondencia con Nelson –no todas se perdieron– para quien el ataque a Cádiz fue verdaderamente un mal negocio. En efecto, ante su fracaso, y siempre con la idea de tratar de explotar los beneficios de la victoria inglesa en San Vicente, se dirigió a atacar Tenerife, donde perdió un brazo.

La victoria de Mazarredo fue festejada en otra coplilla gaditana, de tono muy diferente de la anterior:

De que sirve a los ingleses
tener fragatas ligeras
si saben que Mazarredo
tiene lanchas cañoneras.

Y también en otra más, que celebra su decisión de sacar la flota del puerto tras haberse alejado la flota inglesa:

El cachirulo
de Mazarredo
sacó la escuadra
y dio un paseo.
Y a los ocho días
ya estaba Mazarredo
en la bahía.

La nobleza de carácter del Almirante se refleja en su decisión, tomada en ese momento victorioso para él, de premiar públicamente con una pensión al “humilde carpintero” que le propuso construir las lanchas cañoneras, en lugar de apropiarse de la idea como si hubiera sido suya. En todo caso su mérito estuvo naturalmente en ver una buena idea allí donde estaba, y en darle aplicación práctica, desarrollando el programa de construcción de las lanchas y la táctica para su uso.

El otro momento clave de su carrera fue su defensa de los intereses de España en sus negociaciones con Napoleón sobre el destino de la flota española que en 1799 se hallaba refugiada en Brest junto con la francesa, sufriendo el asedio de la flota inglesa. Acababan de tener lugar los sucesos del 18 de Brumario y Bonaparte era ya Primer Cónsul. Él deseaba que la flota combinada hispanofrancesa atacara primero Malta y se dirigiera después a Egipto, en el marco de su lucha contra Inglaterra por extender su influencia hacia Oriente. España en cambio, centrada en su proyección atlántica y en el Mediterráneo Occidental, no tenía ningún interés en esos proyectos. Mazarredo resistió las propuestas de Bonaparte y propuso en cambio que la flota combinada empezara por liberar Menorca, dirigiéndose después a Malta. Las negociaciones fueron muy duras, pero Mazarredo no cedió. Se prolongaron entre 1799 y 1801 hasta que, aunque parezca difícil de creer, Mazarredo fue destituido por Carlos IV a petición de Napoleón, precisamente por su firmeza en la defensa de la posición española. Quedaba así bien clara la asombrosa debilidad mostrada por la España de Carlos IV ante Bonaparte.

Durante esos dos años de negociaciones, Mazarredo envió largos informes a Napoleón explicando sus planteamientos y argumentándolos. Se declaraba en ellos fiel partidario de la alianza con Francia contra Inglaterra, pero igualmente firme en la defensa de sus posiciones:

Si dos potencias aliadas no pueden hacer sus respectivas observaciones para mejorar las primeras concepciones...la alianza perdería las ventajas del concierto reflexivo que es el que debe reglar las operaciones.

Desde luego no debió de ser nada fácil negociar durante esos años en París con Napoleón, recién nombrado éste Primer Cónsul y camino de convertirse en el Emperador de los franceses. Mazarredo se mantuvo firme y se negó a ceder ante sus pretensiones, por considerarlas contrarias a los intereses españoles. Los choques entre ambos fueron frecuentes, mientras toda Europa se asombraba ante sus triunfos militares en tierra frente al Imperio Austrohúngaro, Prusia y Rusia.

Pero lo cierto es que al final Mazarredo fue destituido por Carlos IV y Godoy.

Primero del mando de la Escuadra del Mar Océano, y luego como Capitán General de Cádiz, iniciándose así un largo período de ostracismo para el Almirante. Este antepuso siempre sus convicciones a cualquier consideración política. La firmeza de esas convicciones, unida a su temperamento fuerte, le llevó a tener frecuentes choques con sus superiores políticos –no con sus superiores profesionales– especialmente con Godoy. Algunos de ellos fueron el resultado de cartas en las que explicaba la situación real de la flota y las carencias de todo tipo que sufría, solicitando los medios para remediarlas. Eran cartas que irritaban profundamente a sus superiores políticos, para quienes Mazarredo estaba siempre poco menos que pidiendo la luna. Uno de mis hermanos está casado con una descendiente directa de Godoy, y en su casa se siguen manteniendo hoy animadas conversaciones sobre el particular.

En todo caso, parece que Mazarredo se movió a lo largo de su carrera con mucha más comodidad en el plano profesional que en el político. El gran error de su vida fue desde luego un error político, su opción a favor de José I, quien le nombró Ministro de Marina.

Visto desde nuestra actual perspectiva histórica puede parecer sorprendente que él y otros patriotas españoles, entre los cuales estaban algunas de las personalidades más prominentes del país en aquel momento, decidieran pasarse al bando de los afrancesados. La guerra de 1808 -1814 es conocida hoy en España como la Guerra de la Independencia, lo cual no deja de resultar curioso en un país que había ganado su independencia muchos siglos atrás, primero de los romanos y luego de los invasores musulmanes, que se había unificado por sus propios medios con los Reyes Católicos, y que había defendido de manera bastante enérgica sus intereses como Estado por toda Europa y América durante varios siglos. El nombre de Guerra de la Independencia en el fondo refleja la percepción que de ella se tiene tradicionalmente como una guerra esencialmente nacional contra un invasor extranjero. Pues bien, ¿cómo pudieron él y otros grandes españoles, que habían dedicado su vida a defender los intereses de su país, apostar por el bando de Bonaparte?

Es una pregunta que otras personas más competentes que yo ya han respondido, y en primer lugar el profesor Miguel Artola en su espléndido libro sobre los afrancesados. Él cita factores como la incuria, debilidad e increíble incompetencia de Carlos IV y Fernando VII ante el poderío de Napoleón, así como la cuestionable gestión de Godoy (lo dejo así por consideración a mi cuñada). Una incuria, debilidad e incompetencia que se reflejaron en una política de concesiones permanentes a Napoleón, con decisiones tan catastróficas como las facilidades dadas para la entrada del ejército francés en España 1808, pero que contienen otros episodios como la propia destitución de Mazarredo en París por defender los intereses de España ante Bonaparte, o el vergonzoso comportamiento de Fernando VII en Valencay. Sobre Fernando VII por cierto no puedo dejar de señalar con admiración la manera en la que el régimen revolucionario cubano resolvió el dilema que le planteaba el que, en la hermosa Plaza situada frente al Palacio de los Capitanes Generales de La Habana, se hallara al triunfar la Revolución una buena estatua de Fernando VII. Las autoridades reconocían su mérito artístico, pero se resistían a seguir rindiendo homenaje a un Rey tan profundamente reaccionario, y enemigo además del autonomismo cubano. La solu-

ción que encontraron fue la de situar la estatua a un lado de la plaza, no en su centro como estaba antes, y colocar en su base una inscripción que informaba que Fernando VII había sido un Rey retrógado, opresor, infame y despreciable.

El profesor Artola subraya también que los afrancesados estaban convencidos del poder inmenso del Emperador, que desde su punto de vista hacía imposible cualquier resistencia contra él. Muchos otros grandes personajes contemporáneos –como Hegel o Beethoven, que le dedicó la Tercera Sinfonía– le vieron también no sólo como invencible, sino como la misma encarnación del espíritu de su tiempo. Así, para los afrancesados la alianza con Francia era la única manera de evitar la pérdida de las Indias y la propia desmembración de España al norte de la línea del Ebro. En el caso de ésta última, Napoleón llegó a intentar realizarla. Pero al mismo tiempo, Artola subraya la condición de patriotas de los afrancesados, quienes siempre antepusieron los intereses de España a los de Francia. Algo que evidentemente les causó graves problemas con Napoleón. “Su política fracasará, entre otras causas, por querer ser antifrancesa usando de los soldados y del dinero del Imperio.”

Pero, sobre todo, Mazarredo y los demás afrancesados (entre los que se encontraban personalidades como Goya, Cabarrús, Urquijo, el Duque del Infantado, el Duque de Osuna, el Conde de Orgaz, etc) no se dieron cuenta de que estaban viviendo un cambio de épocas, una profunda transformación del mundo en el que habían nacido. Ellos habían crecido en el siglo XVIII, el siglo de los ilustrados, en el que existía un mundo europeo integrado por referencias comunes compartidas, con una clase dirigente que tenía unos valores similares en todo el continente y que era el único actor relevante de su Historia, de su vida política e intelectual. Pero con Napoleón había irrumpido con fuerza en la Historia el siglo XIX, un siglo XIX que iba a ser mucho más conflictivo y sangriento, y en el que todos esos esquemas se derrumbaron con estrépito. Las clases dirigentes tradicionales dejaron de ver reconocida la legitimidad de su antiguo papel en la sociedad estamental. Las referencias comunes se perdieron en una explosión de identidades nacionales que inevitablemente tendían a definirse por oposición a las demás, y que pronto convirtieron las luchas dinásticas o de poder del siglo anterior en terribles guerras entre naciones. Un siglo, en suma, en el que surge la nación como sujeto político central, con el ideal de la libertad como su aspiración principal. Una libertad entendida como valor a alcanzar en su sistema político interno, pero también en tanto que libertad colectiva como nación frente a cualquier otra que tratara de someterla. Estas dos ideas, o quizá mejor estos dos ideales políticos –la libertad y la nación, o la nación y la libertad– fueron inicialmente paseadas de la mano de Napoleón Bonaparte por todo el continente, y arrasaron muy pronto las estructuras de la sociedad tradicional del siglo XVIII, con sus privilegios y complicidades de clase, con su manera de entender el juego político. Podría quizá decirse que la Historia del siglo XIX es la Historia de la aspiración de esos dos ideales por imponerse en toda Europa, para lo cual se ven obligados a enfrentarse de manera implacable con las estructuras tradicionales que se resisten a dejarles paso. La Primera Guerra Mundial provocará una deslegitimación brutal de las clases dirigentes tradicionales, conduciendo a las dos versiones extremas de esos ideales. Así, el ideal de la libertad dará origen al comunismo, en tanto que el ideal de nación conducirá al nazismo. De ahí que

podamos quizá hablar de la prolongación política del siglo XIX hasta el desenlace final del enfrentamiento entre uno y otro, en 1945.

Pese a su fascinación por Bonaparte, el heraldo de los nuevos tiempos, los afrancesados no entendieron esos cambios que estaban teniendo lugar delante mismo de ellos. Su aspiración seguía siendo la misma que la de los ilustrados del siglo XVIII, hacer todo por el pueblo pero sin el pueblo. Pero el pueblo se había despertado, la Revolución Francesa y luego Napoleón se habían encargado de hacerlo, y ya nada se podía hacer sin él. Naturalmente, en todo esto se da una cierta paradoja histórica. Napoleón, que lleva por toda Europa el viento fuerte de las nuevas ideas de la Revolución, será la primera víctima del éxito de esas ideas allá por donde va. Será en nombre de la nación como los pueblos de Europa se levantarán para luchar contra el invasor extranjero, y será en nombre de la libertad como esos mismos pueblos expulsarán a la presencia imperial opresiva.

Por eso parece hoy tan absurda la tarea que se fijaron los afrancesados. Mazarredo, Cabarrús, Azanza no comprendieron que ya no podían apoyarse en el Rey José para llevar a cabo su programa reformista, porque ni la opinión de la minoría dirigente ni las alianzas extranjeras serían ya suficientes si la nación no estaba de su lado. La nación española también se había despertado –en la Constitución de Cádiz lo hizo de manera formal–, y sin su apoyo nada sería posible a partir de entonces. Como dice de nuevo el profesor Artola, los afrancesados “quisieron salvar a su país usando de una doctrina política muerta 20 años antes”.

Pero el problema creado en España por el impacto y las implicaciones de las nuevas ideas nacidas de la Revolución Francesa va mucho más allá de la trágica experiencia de los afrancesados. La Historia del siglo XIX español –que también podríamos decir que termina en 1936, o quizás incluso en 1975– es en el fondo la Historia del fracaso de España para asimilar de manera orgánica esas ideas nuevas de libertad y de nación, y de la sucesión de golpes de Estado, de cambios constitucionales, guerras civiles y catástrofes exteriores que provocó ese fracaso. Los enfrentamientos a lo largo de todo el siglo entre constitucionalistas y absolutistas, las luchas sindicales y sociales, las tensiones –aún sin resolver– entre un modelo de Estado integrador y los nacionalismos periféricos, las pugnas entre quienes propugnaban una modernización económica y los partidarios del proteccionismo son algunos ejemplos de ello. Este fracaso histórico de España en el siglo XIX, que coincide además con una fase de potente expansión económica, social y colonial de nuestros principales vecinos, culmina en la guerra civil de 1936. Una guerra civil es la mayor tragedia que pueda sufrir una nación, y en el caso de la española fue seguida además por una dictadura de 40 años en plena Europa del siglo XX, algo que es también un fracaso objetivo para un país, especialmente para un país del peso de España en la historia de Europa.

Las consecuencias de todo ello han sido variadas y profundas. El siglo XIX fue un siglo fundamental para crear imágenes perdurables y estereotipos, quizás porque fue un siglo en el que se desarrollaron de manera espectacular las

comunicaciones y los medios de transmisión de información. De ahí la imagen política tan negativa que ha tenido España en Europa hasta hace muy poco. De ahí también la virulencia que los movimientos nacionalistas tomaron en España, donde el sistema político no supo asimilar bien las ideas fuerza de la modernidad, pero no en Francia –donde también hay catalanes y vascos–, donde el sistema político sí consiguió asimilar esas ideas fuerza y convertirlas en un motor de crecimiento y de fortalecimiento exterior.

La profundidad de ese fracaso histórico de España en el siglo XIX y en buena parte del XX, y la resistencia al cambio de esos clichés negativos, explica también la dificultad que muchos de nuestros vecinos tuvieron para entender bien en un primer momento la amplitud y la profundidad de los cambios políticos, económicos y sociales que ha experimentado España tras la recuperación de la democracia en 1977. No era fácil entender que el período que va desde la Guerra de la Independencia hasta la muerte de Franco fue probablemente el de mayor debilidad de España en toda su Historia, y que cuando la sociedad española pudo afirmarse libremente a partir del regreso de la democracia, salió a la superficie una enorme energía soterrada. España no venía de la nada, sino que sencillamente recuperaba su lugar, el lugar que siempre había tenido como uno de los grandes actores de Europa: en la época romana, en la Edad Media, en el Renacimiento y en la Edad Moderna, con el único y largo paréntesis del siglo XIX y su prolongación en el XX.

Ese desplome de España trataron de evitarlo en el siglo XVIII los ilustrados, con sus políticas reformistas y regeneradoras. Lo mismo quisieron hacer en 1808, en circunstancias verdaderamente dramáticas, D. José de Mazarredo y el resto de los afrancesados. Pero lo hicieron con la misma actitud que tenían los ilustrados, ignorando la voluntad de la nación, porque estaban convencidos de saber mejor que ella lo que le convenía. Pero la nación ya no estaba dispuesta a permitir ese juego, que hasta entonces había aceptado pasivamente. De ahí la equivocación inmensa de los afrancesados y su estrepitoso fracaso. Si lo hubieran comprendido tal vez hubieran unido su voz a la de los liberales que se enfrentaron a los absolutistas a lo largo del S. XIX. D. Gregorio Marañón, en su prólogo al libro del profesor Artola, afirma que el despotismo Ilustrado –de quien eran hijos los afrancesados– parece una actitud antiliberal, pero en su origen y en su esencia fue, y es casi siempre, la única forma posible del liberalismo. Lo cierto es que hubo descendientes de D. José de Mazarredo que fueron ministros en gobiernos liberales del S. XIX, y que hay una cierta tradición liberal en la familia Mazarredo, que mi propia madre me transmitió. Quizá fue por eso que me produjo tanto placer ver la inscripción que se encuentra en la lápida al pie del monumento a Fernando VII, en la maravillosa plaza situada frente al Palacio de los Capitanes Generales de La Habana.